

Viajeros costumbristas en Europa: Enrique Gil, Modesto Lafuente y Mesonero Romanos

MÒNICA FUERTES ARBOIX
COE COLLEGE

ABSTRACTS: Numerosos viajeros europeos visitaron España durante la primera mitad del siglo diecinueve, sobre todo después de la muerte de Fernando VII, sin embargo, no eran muchos los viajeros españoles que viajaban al extranjero. Si lo hacían era, en muchos casos, para ir al exilio. Solo unos pocos visitaron países europeos con el mismo entusiasmo que los extranjeros lo hacían por España. En 1842 Mesonero Romanos y Modesto Lafuente viajaron por Europa y publicaron sus observaciones. Enrique Gil conocía estas publicaciones. Analizaremos los tres libros de viajes desde el punto de vista de la literatura de viajes y del costumbrismo, centrados en Gil y rastreando las influencias de los grandes escritores costumbristas del momento en su obra.

European travelers visited Spain during the first half of the nineteenth century, in particular after the death of Ferdinand VII. But there were not that many Spanish travelers who traveled abroad. The few that did, in many cases, did it to go into exile. Only a few visited European countries with the same enthusiasm as the European travelers visited Spain. In 1842 Mesonero Romanos and Modesto Lafuente traveled around Europe and published their observations. Enrique Gil y Carrasco most likely read and knew about their publications before starting his journey. In this work, we study these three travel journals under the scope of travel and “costumbrista” literature, paying special attention to the work published by Gil y Carrasco, and searching the influences of “costumbrista” writers and travelers who might have inspired his observations.

Keywords:

Modesto Lafuente, Mesonero Romanos, Enrique Gil y Carrasco, literatura de viajeros españoles, viajeros europeos, literatura costumbrista, romanticismo alemán.

Modesto Lafuente, Mesonero Romanos, Enrique Gil y Carrasco, Spanish travel literature, European travelers, “costumbrista” literatura, German romanticismo.



“Ah! Da stürzt Ich mit den Wesen allen
Freudig us der *Einsamkeit der Zeit*,
Wie ein *Pilger* in des Vaters Hallen,
In der Arme der *Unendlichkeit*.”¹
“*An Die Natur*” (*fragmento*), Friedrich Hölderlin, 1795

Aunque España nunca se incluyó en la lista de países que debían visitarse en el Grand Tour, sí tuvo algunos viajeros europeos que apuntaron en sus memorias o notas de viaje las impresiones que su recorrido por la Península les producía. Esas observaciones ofrecían una visión bastante sesgada de la realidad del país, en las que se dejaba entrever más la personalidad y la individualidad del viajero que la neutralidad y descripción objetiva de lo que experimentaban. En la mayoría de los casos recorrían España con una idea preconcebida de lo que esperaban encontrar, según habían leído ya en las guías de otros viajeros que con anterioridad visitaron el país. Estas interpretaciones, entre otras cosas, resaltaban el arabismo de la cultura española generalizando este rasgo cultural a todo el país. En la sensibilidad romántica además hay que entender el viaje a un país “exótico” como era España, como la búsqueda de aventuras y desventuras y como un medio para expresar su sentimentalidad y sobre todo su vulnerabilidad. El incremento del número de guías y memorias publicadas, sobre todo ya en la primera mitad del siglo XIX, hacía repetitiva una nueva descripción de los lugares a los que tantos otros viajeros habían visitado, sin embargo las impresiones subjetivas y la expresión de los sentimientos que los paisajes provocaban en el viajero adquieren mayor importancia y relevancia sobre todo desde que Laurence Sterne publicara *A Sentimental Journey* ya en 1768. Poco a poco la narrativa del viajero romántico enfatiza la introspección y el individualismo, y un sentimiento de vulnerabilidad y sumisión ante el mundo, en especial la naturaleza,

“The narrative emphasis on individualism coincides with the introspection, or association between the external and internal, that accompanies Romanticism. Redford notes that William Beckford’s and Byron’s version of the Grand Tour included a subordination of

¹ “Y me precipité, unido a todos los seres/ alegremente desde la *soledad del tiempo*/ como un *peregrino* desde el palacio paterno, / en brazos del *infinito*” (Argullo: 65, la cursiva es mía).



‘the external world to the troubled consciousness of a traveler whose primary quest is directed inward’ (Youngs: 46-47)².

El viajero es un peregrino, un nómada que comparte sus experiencias íntimas con el lector a modo de confesión. El Canto IV de *Las peregrinaciones de Childe Harold* de Lord Byron, que tanto influyeron a Enrique Gil como veremos más adelante, se refieren precisamente a la memoria del paisaje y al paisaje de la memoria. La topografía se convierte en autobiografía, y como afirma Redford, la intensidad de las sensaciones se convierte en el objetivo principal del viaje, en el criterio fundamental para tener éxito, y la subjetividad es la última forma narrativa del Grand Tour (Youngs: 47)

Ya no se trata de describir sólo las costumbres, paisajes y gentes de los países visitados sino de individualizar la experiencia, de narrar cómo el descubrimiento de nuevos horizontes sacude la interioridad del viajero y pone a flor de piel su sensibilidad.

El incremento del número de viajeros, sobre todo al fin de las guerras napoleónicas, y en consecuencia el aumento también de la publicación de guías de viaje es el origen también de la figura del turista y del turismo, tal y como lo entendemos hoy en día. El desarrollo de medios de transporte como el tren o el barco de vapor facilita además su impulso y acorta las distancias a los lugares a los que antes sólo podían acceder unos pocos privilegiados. Afirma Adams que el crecimiento del turismo significó que la inventiva dejó de tener autoridad: por un lado los lectores podían viajar a los lugares descritos en las guías de viajes y comprobar ellos mismos si era cierto o no lo que en ellas se describía, por otro los escritores de novelas históricas y de aventuras tomaron prestadas esas mismas descripciones para añadir colorido, verosimilitud y concreción al paisaje de las tierras que referían en sus novelas (Youngs: 47).

Como mencionamos antes las impresiones de España que los viajeros extranjeros relataban en sus guías en muchos casos basaban sus observaciones también en guías que anteriormente publicaron otros viajeros, en donde por un lado se repiten las escenas coloristas y estereotipadas de las costumbres españolas, y por otro se relatan las sensaciones que esas falsas escenas provocan en el viajero muchas veces

² “El énfasis narrativo en el individuo coincide con la introspección entre lo externo y lo interno, que acompaña el romanticismo. Redford apunta que las versiones de Backfors y Byron del grand tour incluían la subordinación externa del mundo a la conciencia turbada del viajero, cuya principal búsqueda se dirige al interior” (la traducción es mía).



ficticio. El resultado eran escenas efectivamente muy coloristas y pintorescas pero bastante alejadas de la realidad. Se crea un malestar entre los escritores costumbristas españoles quienes contrarrestan las impresiones de los viajeros europeos con artículos de costumbres y tipos que describen el verdadero modo de ser y vivir español y que el desarrollo de la prensa periódica ayudó a difundir.

Se da además el caso que escritores costumbristas como por ejemplo Mesonero Romanos o Modesto Lafuente viajan a tierras europeas para observar las costumbres en aquellos países y los avances tecnológicos que en ellos se dan. El viaje es un estudio y el escritor un explorador que combina la información etnográfica, geográfica y científica con la subjetiva e individual dando lugar a diferentes perspectivas y reflexiones sobre la vida europea en contraste con la española.

Así pues, en 1841 Ramón de Mesonero Romanos publica *Recuerdos de Viaje por Francia y Bélgica* y tan sólo un año después aparece el libro de Modesto Lafuente *Viajes por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rin*. El público español ya estaba familiarizado con el norte de Europa en 1844 cuando Enrique Gil inicia su viaje siguiendo la misma ruta que sus antecesores. Incluso el mismo escritor del Bierzo conocía y admiraba la obra del Curioso Parlante con el que colaboró desde 1839 en las páginas de *El Seminario Pintoresco Español*, y nos atrevemos a afirmar que seguramente también la de Modesto Lafuente, pues recordemos que éste inició su carrera literaria en León con el periódico satírico *Fray Gerundio* que le dio fama inmediata. Y no hay que olvidar que tanto Lafuente como Gil y Carrasco tuvieron el mismo editor Francisco de Paula y Mellado, quien además era cuñado de Lafuente³. Las observaciones de estos viajeros responden en un principio a tres motivaciones diferentes, o mejor a tres subjetividades distantes, o si se me permite, incluso a tres vulnerabilidades estéticamente inconfundibles.

Quizás la única similitud entre los tres escritores es el rechazo y crítica a las guías de viaje escritas por extranjeros en España. El principal objetivo de Mesonero al publicar sus *Recuerdos de Viaje* fue,

³ No hay constancia alguna de que los dos escritores se conocieran, aunque es más que probable que por lo menos Enrique Gil y Carrasco conociera la obra de Lafuente por las razones que apuntamos. Sabido es que Gil y Carrasco admiraba la obra de Mesonero Romanos con el que colaboró en su juventud en *El Semanario Pintoresco Español* y que por su parte Mesonero desdeñaba la obra de Lafuente al que consideraba escritor de muchedumbres.



“el de excitar con este pequeño ensayo el celo y patriotismo de nuestros viajeros españoles, que por excesiva modestia o desconfianza callan obstinadamente, defraudando de este modo a nuestro país de muchas obras de más valer con que pudieran enriquecerle; extremo opuesto y no menos fatal que el que con razón se achaca a los muchos viajadores extranjeros que diariamente fatigan las prensas con ridículas y absurdas relaciones” (*Recuerdos de Viaje*, Advertencia).

Lafuente también cree que hay que rebatir la idea equivocada que los viajeros tienen de España, y advierte, además, que la culpa de que se crean estos falsos estereotipos es también de los españoles. Si en los extranjeros el problema reside en “su atrevimiento en escribir a rosos y bellosos de países que no conocen” (*Viajes*: I: 78), los españoles son culpables de “incuria y apatía de no haber escrito una Guía del extranjero en España, dando lugar con nuestra indolencia y dejadez a que los extranjeros emitan ideas adulteradas de nuestro carácter y costumbres, guiándose para ello por las relaciones de algún viajero que visitó la península en el siglo XVIII” (*Viajes*: I: 78) Es importante señalar que en nota a pie de página Lafuente menciona la aparición de una nueva guía de viajes para el extranjero en España que publica precisamente el editor Mellado y en donde dice “se hallan recogidos cuantos datos y noticias útiles al viajero ha permitido reunir nuestra imperfecta administración” (*Viajes*, I: 78: np.) Por su lado Enrique Gil advierte también en el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* que los extranjeros que visitan España

“se empeñan en no ver en los españoles sino árabes, un sí no es amansados y dulcificados por el cristianismo, pero árabes, en fin, bravíos todavía y feroces, que no viven en tiendas por la sencilla razón de parecerles más cómodas las casas, ni beben leche sus camellas por la menos sencilla de no haberlas” (Artículos de Viajes y costumbres: 82).

Aunque lo que más molesta a Gil y Carrasco es que se desconozcan las otras provincias de España y sobre todo que se ignore la historia de una de las grandes naciones de Europa. En este punto coincide también con Modesto Lafuente quien en su viaje por Bélgica y Holanda admira el gran patrimonio que allí dejaron los españoles. Las notas y explicaciones de los acontecimientos que implicaron de alguna manera a España tienen un aire nostálgico y se asocian con la pérdida de esos territorios pero, sobre todo, evocan el pasado heroico de una de las naciones más



poderosas y prósperas durante el reinado de Carlos I y Felipe II⁴. Como afirma Tirabeque, “¡Ay! Mi amo, ¡Lo que va de ayer a hoy! Ayer todas las tierras que hemos recorrido eran nuestras, y hoy somos en ellas tan extranjeros (*sic*) como los chinos, ayer éramos los amos, y hoy no nos entienden el habla” (*Viajes*: II: 37). El mismo Gil y Carrasco se lamenta a su paso por Amberes de la abundancia de “recuerdos gloriosos y resplandecientes como el sol, pero como él, nos hacen encontrar el presente oscuro y triste cuando de ellos apartamos los ojos” (Gil: 2015–VIII: *Último viaje*, edición Kindle).

A parte de estas similitudes, los tres viajes responden a tres sensibilidades muy distintas entre sí que, creemos, enriquecen el campo de la literatura de viajes y el romanticismo españoles. Los tres son escritores peregrinos a los que afecta de distinta manera lo que van descubriendo en su viaje y define el tipo de texto al que se enfrenta el lector: un estudio objetivo y etnográfico en Mesonero, crítico y divulgativo en Lafuente, y subjetivo y poético en Gil y Carrasco, pudiendo considerarse a este último, además, como poeta de la memoria.

Mesonero Romanos es un viajero básicamente urbano con una metodología muy característica propia del gran observador de costumbres y tipos a los que tenía acostumbrados a sus lectores. Por ello se detiene en París y hace una descripción detallada de escenas y costumbres de la realidad directamente observada. Es una guía útil con listados interminables sobre museos, academias, hospitales, universidades, monumentos, etc, que el viajero debería visitar. La sociedad parisina como la madrileña es lo que más interesa a Mesonero, y por ello apunta también las costumbres que juzga frívolas y temerarias como el estímulo del deseo y el interés, o los lujos y caprichos que se exponen coquetamente en los escaparates de las tiendas para seducir al *flaner*. El curioso parlante advierte al lector que va a encontrar total imparcialidad en sus observaciones, y que no debe buscar

“metódica descripción, ni pintura artística o literaria; ni historia propia, más o menos realzada con picantes anécdotas; ni sátira amarga siempre; ni pretexto constante para hacer reír a costa de la razón, sino que encontrará observaciones propias, [...] indicaciones útiles y el todo reunido a contribuir a pagar el obligado tributo que en todas las acciones de la vida debe cada individuo al país en que nació” (Recuerdos: 28; la cursiva es mía).

⁴ Se empieza a ver en este tipo de descripciones históricas al Lafuente interesado en la redacción de la historia de España como haría posteriormente.



Sin embargo la observación detallada de París y de la sociedad parisina no es del interés de Gil y Carrasco y considera que Mesonero Romanos ya ha dado debida cuenta de lo que el viajero puede encontrar en la capital francesa. Así se lo expresa al director de *El Laberinto*,

“En fin, ya me tiene usted en la capital del mundo civilizado, como la llaman estas buenas gentes con su acostumbrada y encantadora modestia. ¿De qué quiere usted que le hable ahora? ¿Por ventura de la fisonomía extraña de este pueblo, del género de vida que en él se hace, de sus monumentos, espectáculos, etc., etc.? Para eso juzgo mucho mejor para el periódico y más descansado para usted copiar uno por uno los artículos que sobre el mismo objeto escribió El Curioso Parlante, que al cabo, por la circunstancia extraordinaria de haber residido más tiempo y por la ordinaria de tener más juicio y talento que yo, es voto de algo mayor peso” (Gil: 2015-VIII: *Ultimo viaje*, edición Kindle).

A Gil y Carrasco le interesa más pasearse por las orillas del Sena y no perder de vista la naturaleza, y a Modesto Lafuente qué hace el gobierno francés con los presos encerrados en las cárceles de París, o la viabilidad de los caminos empedrados de Francia, o donde ha quedado la gloria de una de las potencia mundiales por excelencia, con el estilo irónico y burlón que le caracteriza. Es importante advertir que Lafuente sigue valiéndose de Fray Gerundio y Tirabeque para comunicar las impresiones de su viaje. Su percepción de la realidad se divulga mediante las reflexiones de Fray Gerundio, alter ego de Lafuente, y los divertidos diálogos con su lego Tirabeque. Estas dos perspectivas dan dinamismo al texto y responden a la fórmula que le dio fama ya desde que iniciara la publicación del *Fray Gerundio*: observación, contraste, burla y reflexión. En el caso de los *Viajes* añade, además, la narración histórica para que el lector advierta la importancia de la ciudad, edificio o monumento visitado.

Básicamente nos encontramos aquí con dos concepciones estéticas distintas que tienen que ver con dos maneras de ver el mundo: la humana y social en la que estarían Mesonero Romanos y Lafuente, y la del escritor identificado con la naturaleza que se correspondería con Gil y Carrasco. El poeta no puede evitar que sus observaciones se conviertan en recuerdo del yo, en autobiografía, perdiendo de vista la objetividad que caracterizan, grosso modo, los escritos de Lafuente y Mesonero Romanos. La contemplación de las iglesias de Gantes y Brujas provoca infinidad de sensaciones vivas para Gil y Carrasco, “Si la religión no fuese santa por sí, nuestra razón debiera divinizarla. Heme aquí en un país extranjero absolutamente solo, y, sin embargo, a millares encuentro



hermanos que vuelven los ojos al mismo Padre” (Gil: 2015-VIII: *Último viaje*, edición Kindle). Y seguidamente la memoria del recuerdo de su niñez, “estas son las mismas escenas a que mi madre piadosa me llevaba de muy niño, y con un no sé qué de la verdadera patria, que está en las alturas, me traían un recuerdo de la patria de aquí abajo, de mi familia y de aquellas fiestas religiosas que tanto me alegraban en mi infancia y primera juventud” (*Último viaje*: 2015: Kindle 1711-1713). La niebla provoca este revivir de sentimientos que desembocan irremediamente en la melancolía y la nostalgia,

“Y, sin embargo, todas estas luces no llegan sino por medio de una espesa niebla hasta mis ojos; yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad por mí mismo; de las creencias que nunca debiéramos no ya perder, sino ni aun arriesgar, me queda lo que de salud resta a los enfermos; lo bastante para ambicionar y echar de menos cosas que difícilmente volverán” (Gil: 2015-VIII: *Último viaje*, edición Kindle).

Es el canto IV de *Las peregrinaciones de Childe Harold* de Byron al que hacíamos referencia anteriormente. La topografía convertida en autobiografía, en memoria, y el sentir la intensidad de las sensaciones en el objetivo principal del viaje (Youngs: 47) Si Lafuente y Mesonero son los peregrinos que emprenden el viaje para conocer y observar distintas realidades, Gil y Carrasco es el peregrino que habla de las sensaciones que el viaje le provoca. Lo cual no deja de ser irónico teniendo en cuenta que de los tres escritores era el único que tenía una misión oficial como secretario de la delegación española: restablecer relaciones diplomáticas con Prusia e informar sobre el Zollverein o la liga aduanera alemana.

Las observaciones de los tres escritores son representativas de una nueva categoría estética, la romántica. Esta nueva sensibilidad “implica un estado especialísimo del espíritu –dictado por la intraducible *Sehnsucht*, anhelo, ansia, nostalgia– por el que el hombre, extrayendo energía creadora de su desencanto y su desolación, busca, a través de la imaginación y del sueño, el camino de la plenitud y de lo ilimitado” (Argullol: 43). Y en Gil y Carrasco el camino de plenitud se encuentra en la naturaleza, exponente máximo de la belleza ideal, del estado natural que la época moderna con los avances tecnológicos y la vida en sociedad ha hecho que se escindiera del ser humano. Por ello la alteración del medio por el hombre da como resultado un cuadro bello pero incomparable con el creado por la Naturaleza. El poeta exclama al ver el paisaje de Holanda “hermosa y verde es la Holanda, sin duda, pero al cabo el hombre la ha hecho, y claro está que sus obras no pueden ostentar



la variedad de la Naturaleza” (*Último viaje*: Kindle: 1867-1869) Las descripciones del paisaje representan un doble sentimiento, entre abismático y melancólico. Como la contemplación de *El viajero encima de un mar de nubes* de Caspar David Friedrich, Gil y Carrasco contempla la inmensidad del mar de Ostende y en él exterioriza su subjetivismo y soledad,

Me he levantado de madrugada y me he encaminado a la playa. La mañana estaba muy fría y corría un viento muy fuerte, acompañado de aguaceros. Soberbio espectáculo el de aquella inmensa llanura alborotada como una muchedumbre amotinada y cuyas olas se estrellaban contra las murallas, desparramándose por el aire en manudas gotas. No he visto un barco en aquella inmensa extensión, y el color ceniciento que le daban los nublados entristecía extraordinariamente el espíritu. El tiempo es tal, que todos se quejan como de cosa inaudita. No lo es poco que desde que salí de Madrid no he visto en mi viaje sino dos o tres días buenos. Otros nublados hay peores y más difíciles de disipar. (Gil: 2015–VIII: *Último viaje*, edición Kindle).

Muchas veces, la observación provoca, además, la memoria de aquellos paisajes de León que le vieron crecer y el recuerdo de otras regiones de España que nada tienen que envidiar de las europeas,

Como quiera, semejante panorama nada tiene de común con el que ofrecen las torres de la catedral de León, y mucho menos con el que se desarrolla a los ojos asombrados del viajero desde el Miquelete de Valencia, en que a un tiempo se ven el mar, la albufera, las montañas del Maestrazgo y de Almansa y aquella huerta, verdadero jardín o, por mejor decir, edén de España. La belleza de esta tierra es como la de las mujeres que nos pinta Rubens, hermosas sin duda, pero sin gracia y no sé qué. (Gil: 2015–VIII: *Último viaje*, edición Kindle).

O por ejemplo,

Antes de salir de San Goar esta mañana, fuimos a recorrer un valle que llaman el Valle suizo y comienza en el castillo del Gato. Es lindo, pero nada de nuevo me ha ofrecido ni aun iguala a muchos de los que he visto en la provincia de León. (Gil: 2015–VIII: *Último viaje*, edición Kindle).

Los ejemplos de la intensidad de las emociones del autor ante el paisaje son muchas. Como afirma Littlewood, “el viajero Byriano lleva consigo la fantasía de escapar de todo lo que conlleva lo ordinario. Los románticos representan el ejemplo de los individuos que se sienten identificados con la naturaleza y se valen además de ella para hacer



crítica social y política. La correspondencia entre el ánimo del escritor, su pensamiento y la naturaleza conlleva una íntima relación entre el autor y el ambiente y es lo que le distingue del turista que se pasea sin ver y sin sentir” (Youngs: 54, la traducción es mía)

Mesonero, Lafuente y Gil y Carrasco son viajeros románticos porque se identifican en mayor o menor grado con el medio y porque la observación del paisaje o ciudad provocan en ellos la crítica social y política o la expresión del subjetivismo. No son sólo turistas que se pasean sin ver ni sentir. Pero sí es verdad que en el caso de Gil y Carrasco y parafraseando a Rafael Argullol cuando describe el panteísmo de Hölderlin y de los románticos alemanes, con mayor o menor intensidad, con mayor o menor convicción, todos los poetas románticos han sido panteístas, pero únicamente Gil y Carrasco alcanza a dar a la naturaleza los atributos de lo sagrado. (Argullol: 67)

“La naturaleza en la razón romántica es el último refugio de la desgarradora conciencia del poeta” (Argullol: 65) Gil y Carrasco da muestras de esa conciencia ya en *El Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* donde en 1840 y por motivos de salud viaja a tierras del Bierzo. La contemplación de la naturaleza le evoca recuerdos de su infancia. En este primer viaje se muestra la subjetividad del autor y se adivina la íntima relación entre topografía y autobiografía que mencionábamos antes y que vemos en *Diario de viaje*.

Era una tarde de julio, cuando en compañía de dos amigos de aquellos que sin duda por su precio concede tan escasamente el cielo, subimos a ella. Un viento fresco del poniente movía las vides sobre los escombros del templo de Baco, el cielo estaba claro y diáfano, sólo unas nubes de color de plomo con vivas franjas de púrpura servían de lecho al sol que se ponía. A nuestros pies teníamos la villa de Cacabelos, el Cúa, que corría por entre sotos y arboledas fresquísimos, y la grande y blanca mole del monasterio de Carracedo. Ponferrada, cubierta en gran parte con su magnífico castillo de Templarios, se extendía por un hermoso altozano y, muy cerca de ella, se alzaban iguales como dos gemelos los Castros de Columbrianos y San Andrés (...) (*Artículos de viajes y costumbres*, 86).

Muchas son las veces que señala Gil y Carrasco el legado templario en las tierras de León y de hecho, como afirma Enrique Rubio, el *Bosquejo* es de gran importancia y utilidad “tanto para el propio autor –estudio preparatorio para su novela *El Señor de Bemibre*– como para el lector, pues gracias al ingente material allí reunido se puede comprender con



toda suerte de detalles el marco geográfico que envuelve a los personajes de su novela histórica”.

Peregrino, caballeros templarios, ruinas de castillos, iglesias y monasterios, la orden del Temple, peregrinaje..., son términos a los que muy a menudo hace referencia Gil y Carrasco en *El Bosquejo*, y que sirven para señalar la idea del viaje como búsqueda del Yo, característica del romanticismo, y que los tres escritores discutidos en este trabajo desarrollan en mayor o menor grado. El inicio de un viaje responde casi siempre a la necesidad de la conquista de la identidad. El viajero romántico viaja hacia fuera para viajar hacia dentro y al final de la larga travesía encontrarse a sí mismo. La búsqueda de la identidad se hace mediante el ahondamiento del yo provocado por la reflexión de la historia de España en comparación con la europea, de lo que significa ser español en contraste con las gentes de otras tierras, lo que también implica un viaje de apreciación de la geografía española. El dolor y la queja del viajero romántico es ese anhelo insatisfecho, *Sehnsucht*, de lo que podría haber sido y no es, la nostalgia del pasado en el presente olvidado por los dirigentes, por la sociedad a la que ama y maldice a la vez, y que desde la lejanía observa con ojo crítico. En Lafuente esas reflexiones toman forma de sátira mordaz, que quiere divertir para criticar después y recuerda al lector la grandeza de lo que fue España, mientras pone en evidencia la incompetencia del gobierno; Mesonero contrasta y critica los vicios adoptados por la sociedad española que se olvida lentamente de sus propias costumbres y de la esencia de ser español, a la vez que copia algunos de los avances en los países vecinos para intentar que se instituyan en la sociedad y economía españolas. El romanticismo en Gil y Carrasco reside en la búsqueda de la identidad a través de la contemplación de la naturaleza y al autor “le invade un temor metafísico al comprobar el ilimitado alcance de su soledad” (Argullol: 313) y así lo expresa tímidamente en *Último viaje*, “He empleado mi soledad (agradable casi siempre para mí, pero sin duda peligrosa) en visitar la catedral (...)” (Gil: 2015–VIII: *Último viaje*, edición Kindle).

El viaje pues es la forja de identidad individual y colectiva. Ninguno de ellos ofrecen soluciones: Mesonero siguió practicando el costumbrismo, Lafuente quiso desde la política y la redacción de la, para él, ejemplar *Historia General de España* forjar la identidad de la nación. Así el viaje como tal no es el objetivo del viajero romántico sino que el objetivo es la aventura, el descubrimiento de un nuevo paisaje y nuevas gentes y el impacto que este nuevo medio tiene en su subjetividad. Como afirma Argullol, “la aventura viajera, aunque inevitablemente al final



deba suscitar una insatisfacción superior, tiene asimismo la virtud de ser un momento del ser frente al desierto del no-ser. La aventura viajera romántica es épica, es lucha con el medio en la que el héroe tiene la posibilidad de poner a prueba su voluntad y forjar su identidad (...) el romántico entrevé haces de infinitud y totalidad que le son vedados al hombre que se somete a una cotidianidad temerosa y acomodaticia” (Argullol, 419)

Podríamos considerar a Gil y Carrasco como el más romántico de los tres escritores porque es el que mejor expresa su vulnerabilidad, es decir, su soledad. Por ello es quizás el de los tres el que mejor exclama su *Sehnsucht*, la sensibilidad, mediante la nostalgia y la recuperación de la memoria, de un tiempo pasado que no volverá, la soledad del tiempo que lamentaba Hölderlin. Pero no ha sido el objetivo de este estudio señalar quién es el más romántico de los tres, eso sería un despropósito por nuestra parte, sino de advertir que los tres en su conjunto expresan tres maneras distintas de entender la relación del hombre con el mundo. Las tres son igualmente válidas y amplían el campo de estudios sobre el romanticismo español y la literatura de viajes. En última estancia depende de la sensibilidad del lector escoger el que según su criterio representa mejor sus inquietudes viajeras.

Bibliografía

- ARGULLOL, Rafael. *El héroe y el único*. Barcelona, Ediciones destino, 1982.
- FUERTES ARBOIX, Mònica. La vida cultural en los Países Bajos y Francia según Mesonero Romanos y Modesto Lafuente”. V Coloquio: La literatura Española del Siglo XIX y las literaturas europeas, Barcelona: PPU (Promociones y Publicaciones Universitarias), 2011.
- . “El arte de gerundiar o sobre el costumbrismo social de Lafuente en los Viajes por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin”, volumen monográfico Literatura de viajes en el siglo XIX español. Ed. Salvador García Castañeda. Pittsburgh. Crítica Hispánica, 2009.
- GIL Y CARRASCO, Enrique. (2015-VIII). *Obras Completas*. BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen VIII. *Último Viaje: Diario Madrid-París-Berlín*. Edición, introducción y notas de Valentín Carrera. *Lecturas* de César Gavala, José Luis Suárez Roca, Pamela Phillips, Paz Díez-Taboada y Manuel Cuenya. Reproduce los *Manuscritos de Enrique Gil*. A Coruña. Paradiso_Gutenberg. Kindle edición 2015, eBooksBierzo.
- . *El Señor de Bembibre*. Ed. Enrique Rubio. Madrid, Cátedra, 2011.



LAFUENTE Y ZAMALLOA, Modesto. *Viages de Fr. Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*, Madrid, Establecimiento Tipográfico, 1842.

MESONERO ROMANOS, R. *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 a 1841*. Nueva edición corregida y aumentada, Madrid, Oficinas de la Ilustración Española y Americana, 1881.

YOUNGS, Tim. *The Cambridge Introduction to Travel Writing* (Cambridge Introductions to Literature) Cambridge University Press. Kindle Edition, 2013.

Mònica Fuertes Arboix



Profesora asociada de Lengua y Literatura española en Coe College, Cedar Rapids, Iowa. Su investigación se centra en la prensa satírica y costumbrista de la primera mitad del siglo XIX español, así como otros aspectos culturales de la literatura de costumbres de este periodo. Estudiosa, además, de la cultura y literatura costumbrista catalana, entre sus publicaciones se encuentran ensayos sobre Romanticismo, exilio y literatura de viajes, y el libro *La sátira política en Fray Gerundio de Modesto Lafuente (1837-1842)*, publicado en 2014.

mfuertes@coe.edu

